

La herencia dispersa en un relato de Matilde Sánchez

Gina Saraceni
Universidad Simón Bolívar, Caracas
marea132000@yahoo.com

Resumen

Este artículo se propone reflexionar sobre la literatura como instancia configuradora de la herencia a partir de un relato de la escritora argentina Matilde Sánchez (Buenos Aires, 1958) titulado “Alicante, 84”. Más específicamente, me interesa abordar el proceso de transmisión y uso de los legados, la dimensión intransferible e inapropiable del pasado así como la pregunta sobre el regreso al origen y las implicaciones de la extranjería en relación a la pertenencia. Esta descolocación funciona como posibilidad de conocimiento y aprendizaje de lo más propio cuando el sujeto se ve afectado por la diferencia y la ajenidad. En este sentido, pareciera que es en el extranjero donde los legados que sostienen la identidad se despliegan y confirman así como se ponen en peligro y se dispersan.

Palabras clave: herencia, regreso, origen, literatura, extranjería, testimonio.

Abstract

In this article, we shall use a story by the Argentinian author Matilde Sánchez (Buenos Aires, 1958) entitled “Alicante, 84” to illustrate how literature can be a configurating agent of heritage. More specifically, we want to consider the process of transmission and use of legacies, the past as intransferable and impossible to appropriate and also the question of the return to origins and the implications of overseas experience for the phenomenon of belonging. This dislocation functions as the possibility of knowledge of, and learning about, oneself when a person is impacted by difference and otherness. It would thus appear that it is in foreign countries that the legacies that sustain identity bloom and gather strength but are also besieged and dispersed.

Key words: heritage, return, origin, literature, overseas, testimony.

Volver es enfrentarse a lo imposible.

Raquel Rivas

El origen ya era un lugar desconocido.

Matilde Sánchez

La literatura es un espacio donde se inscriben las herencias y donde se saldan deudas con los legados que llevamos a cuentas. También es el lugar donde las herencias se instauran narrativamente y adquieren una forma, se ponen en-forma, a partir de operaciones de apropiación, actualización, interpretación, reimaginación de la memoria que dan cuenta de la imposibilidad de asumir un legado sin intervenirlo y expropiarlo.

Pensada de este modo, la literatura se enuncia desde la deuda y se escribe “en nombre de”. No hay literatura que no testimonie y testifique una herencia y que, a través de este gesto, no asuma su obligación con la tribu que la conforma¹.

Quiero resaltar estas reflexiones sobre la literatura como instancia configuradora de la herencia para abordar el relato “Alicante, 84” de la escritora argentina Matilde Sánchez (Buenos Aires, 1958), como un texto que permite reflexionar sobre el proceso de transmisión y uso de los legados y sobre la dimensión intransferible del pasado que, incluso cuando se materializa en un objeto o práctica concreta, suspende una zona de su dictado para que el heredero la rescate de la ilegibilidad y señale su inapropiabilidad.

“Alicante, 84” forma parte del libro *La canción de la ciudades* (1999), un conjunto de relatos autobiográficos sobre el viaje que narra “la biografía de una voz, de sus tonos cambiantes; la historia de sus contagios” según palabras de la autora en el prólogo del libro (7). Estar afuera, expuesta a la alteridad del extranjero propicia en la narradora la necesidad de regresar al origen como si la condición de ajenidad que todo viaje produce diera lugar a un repliegue hacia adentro, hacia una memoria privada, afectiva, íntima, que se manifiesta cuando el sujeto se encuentra fuera de lugar. Esta descolocación funciona como posibilidad de conocimiento y aprendizaje de lo más propio cuando este se siente expropiado por la diferencia y la ajenidad. Pareciera

entonces que es en el extranjero donde los legados que sostienen la identidad se despliegan y confirman así como se ponen en peligro y se dispersan.

“Alicante, 84” es un relato sobre la imposibilidad del regreso después de una vida transcurrida fuera del país de origen. Una pareja de españoles, emigrados a Argentina en 1949, vuelve a España por primera vez y su “lazarilla” a lo largo del viaje es la hija responsable de “hacerlos regresar” y testigo de esa experiencia.

Hay dos zonas de este texto que me interesa leer: la primera, relacionada con las pérdidas y ganancias que implica el regreso tanto para los padres que vuelven al “origen” como para la narradora que, mediante el viaje, adquiere un legado; y la segunda, referida a la herencia como un “testigo” que se pasa de una mano a otra y que, a través de esa manipulación, modifica su uso y su significación². Ambas zonas del relato permiten pensar cómo la literatura pone en escena herencias desplazadas geográfica, cultural, lingüísticamente y cómo también las transforma en el intento de hacerlas suyas.

1. El regreso imposible

El viaje es un desplazamiento entre un lugar de partida y uno de llegada que supone, para quien lo realiza, la adquisición y la pérdida de algo. Si, por una parte, el viaje implica la experiencia de la novedad —alteridad—, por la otra, arroja al sujeto hacia un afuera que amenaza la “propiedad” de su pertenencia.

Esta economía del viaje como tensión entre ganancia y pérdida está supeditada a la existencia de un punto de referencia fijo que delimita el viaje como recorrido. Este punto es el origen, el *oikos* (palabra griega que designa “hogar”, origen) como ese lugar “en relación al cual es posible registrar una pérdida o una ganancia” (Van Den Abbeele, 1992: XVII).

Más específicamente, según Georges Van Den Abbeele en su libro *Travel as Metaphor, from Montaigne to Rousseau*:

(...) si el viaje solo puede ser conceptualizado económicamente en términos de la fijeza de un punto privilegiado (*oikos*), la

localización de ese punto que podemos llamar lugar de origen (*home*) solo puede ocurrir retrospectivamente. El concepto de punto de partida solo es necesario (y de hecho solo puede ser pensado) *después* de que la casa (*home*) ha sido dejada atrás. En un sentido estricto, entonces, el lugar de origen se define por el abandono, si consideramos que ese lugar solo puede existir como tal a costa de haber sido perdido. El *oikos* se establece *après-coup* (íd.: XVIII-XIX).

Según lo anterior, el viaje hace que el origen tenga lugar justo en el momento de su abandono dado que su existencia es un efecto que se produce a posteriori de la realización del viaje y en una temporalidad diferida cuando el sujeto desea volver a casa y constata su ausencia y la imposibilidad de regresar. Se trata de una economía, la del viaje, en la que la pérdida —del origen, de la casa— produce la adquisición de una falta que se convierte en la única posibilidad de existencia del *oikos*.

A esto se suma el hecho de que la casa que se deja no es la misma a la que se vuelve: “esta desorientación en el punto de regreso indica la radical falta de coincidencia entre el punto de partida y el punto de regreso. Porque el punto de regreso, como repetición del punto de partida, no puede tener lugar sin una diferencia en esa repetición: el desvío (*detour*) que el viaje mismo implica” (XIX).

Regresar significa entonces la repetición de un trayecto que, en su transcurso, no reproduce un calco sino que experimenta un mapa; un trayecto que no coincide con el recorrido trazado en la ida, sino con su desajuste y desvío, porque volver es necesariamente también un volver-a-ver desde la experiencia adquirida durante el viaje. Lo que supone, para el sujeto que regresa, el reconocimiento de una diferencia y el reconocimiento como diferencia. Es decir, que regresar implica reconocer el *oikos* como la casa a la que no se puede volver sino desde la constatación de su imposibilidad.

A partir de estas consideraciones propongo una lectura de “Alicante, 84” como un relato sobre el regreso en el que se muestran los efectos que la vuelta a España genera en el padre y en la madre. Más precisamente, me interesa revisar cómo funciona la economía

del viaje, qué capital genera y cómo ese capital, hecho de ganancias y pérdidas, actúa en el después del regreso, cuando se ha constatado el carácter deficitario del origen y se hace necesario hacer cuentas con su imposibilidad.

Desde la llegada de los padres a Barcelona hasta el viaje por el sur, el recorrido “por la España real” (2002: 41) traza la historia de un desencuentro y de un reconocimiento fallido del origen. El “devenir europeo”, global, multicultural, multiétnico del país, no calza con la memoria que ellos conservan de la patria; no hay coincidencia entre el presente y el pasado, hecho que los convierte en “desplazados de una España quimérica, ornamentada por las décadas de lejanía” que “excede todos sus cálculos” (id.). Los padres no tienen la lengua para comprender esa nueva geografía que habla un idioma que ellos desconocen, demasiado atropellado y veloz, demasiado voraz en su intento de consumir y colonizar las marcas del pasado y en transformar los viejos cafés y restaurantes en *fast food* y en comederos de sandwiches, pizzas y hamburguesas. Regresar es constatar la pérdida de un mapa que aseguraba una pertenencia que ahora se extravía y enrarece.

Los diferentes desplazamientos por Andalucía revelan un paisaje ajeno a la geografía de su memoria en la que no “había rutas ni autopistas sino caminos”, y donde imperaba el “universo de los hortelanos, labradores y pastores” (46) que ellos fueron en su lejana infancia y juventud. Pero así como no hay coincidencia entre esos recuerdos tempranos y las transformaciones del espacio que el presente revela, tampoco hay un reconocimiento por parte de los padres de esa condición campesina que ahora no resiste “al cotejo con la realidad” porque es vista como estado “primitivo” y superado gracias al viaje a América (id.). Este ir y venir del pasado al presente, de España a Argentina y de Argentina a España, desencaja las piezas de la memoria que se recomponen de otro modo, mostrando la imposibilidad de una coincidencia entre un tiempo medido por el cultivo de la tierra, el ordeño, el trabajo del campo, y el actual, rápido y vertiginoso, donde nada permanece y donde todo se recicla y desaparece por la velocidad del consumo y la innovación tecnológica.

El regreso a la patria desata la experiencia de la extrañeza porque el espacio que se reencuentra, su topografía y nomenclatura,

produce significados ilegibles para los padres que se sienten descolocados y fuera de lugar. Su memoria del origen no corresponde sino con la constatación de su pérdida y con la aceptación de que esa es la única memoria posible del origen.

En la estancia, en el sur, hay un momento en el que los viajeros visitan a un primo, “el viejo Pere, heredero del reloj de pie de familia, un objeto cuyo destino mi madre rastrea” (46). Este objeto —mueble de familia y medidor del tiempo— representa para ella “el pulso de su infancia” (íd.) porque simboliza sus primeros quince años de vida transcurridos “en un establo ordeñando vacas, cepillando animales” (íd.). La noticia de que el primo había usado el reloj ya inservible “como combustible” enfurece a la madre porque le parece “sacrílego” el escaso valor atribuido por el pariente a la herencia que, para ella, tiene un valor emocional que radica justamente en haber sido el soporte de una época extinta en la que ella reconocía su pertenencia más remota.

Así como la geografía del presente no encaja con la que los padres traen consigo en la memoria, de la misma manera los objetos que se reencuentran y que funcionan como soportes de un pasado familiar e íntimo, cambian su valor porque ahora forman parte de otra economía donde lo que se impone es el rendimiento y la utilidad por encima de la preservación de la memoria de otro tiempo (“Pere”, dice la madre, “has derretido el tiempo”, p. 47)³.

El viaje de regreso significa reencontrarse con el pasado para constatar su desaparición y pérdida, es decir, su diferencia que es posible solo en la medida en que algo en la repetición se desvía.

Hay otra escena del relato donde es posible observar cómo el regreso expropia a los viajeros de sus legados y genealogías. Cuando llegan a Yecla, pueblo natal del padre, este impone la voluntad de ir al cementerio donde estaba enterrado su hermano Alfonso, muerto “a los cuatro años de edad, arrollado por un tren que le arrancó las piernas” (54). Allí se entera de que las tumbas habían sido sustituidas por una fosa común porque, después de la muerte de Franco, la gente había quemado a los difuntos que yacían en las tumbas para no cumplir “con las obligaciones de visitarlos ni de conversar con ellos” (íd.), y

el resto de los muertos habían sido enterrados en un hueco común. Ante la imposibilidad de hallar la lápida del hermano, el padre dice: “Mi hermano Alfonso ya tiene compañía (...), mi hermano ya está en la sopa del caldero colectivo” (id.), con lo que asume la pérdida de su “autoridad de deudo” por llegar demasiado tarde al lugar de la sepultura fraterna, ahora transformado en un osario donde “ya los muertos eran mero detritus, huesos zarandeados (...) carbono” (id.), y donde su apellido y su sangre desaparecen en el anonimato y el olvido.

Después de este momento de pérdida del cuerpo/lápida del hermano como lugar de inscripción identitaria y familiar, ocurre una escena compensatoria del suceso anterior. Mientras el padre camina por el pueblo natal fijándose en “cierto balcón, cierto patio, un confesionario, un banco de plaza” (id.), como si estuviera apoyándose en la materialidad de una memoria que lo expropia del pasado y a la vez le otorga una pertenencia fugaz, una mujer lo reconoce:

Una anciana de ojos ciegos avanzó con los brazos tendidos y le pasó las manos por la cabeza, la cara, como si las palmas pudieran leer la historia de uno que alguna vez, muchos años atrás, quizás fue su héroe. De modo que algo de él no se fue de Yecla, algo quedó en esas manos, de madre o de médico, que lo reconocieron y completaron el retrato: Dios te guarde, Cristóbal (54-55).

Frente a la constatación del padre de la pérdida de su apellido en un cementerio transformado en horno crematorio donde la identidad familiar es sepultada por la identidad nacional colectiva, que ya no encaja en la suya extranjera, el reconocimiento de la anciana constituye un momento restitutivo en la economía del viaje, porque implica una suerte de bautizo del padre que, a través de su voz, adquiere nuevamente su nombre y la identidad de joven capitán de guerra que había sido en su juventud. La voz del padre desencadena un momento de coincidencia entre el pasado y el presente, en el que, por un instante, se recompone el mapa del origen y se produce un regreso a ese tiempo anterior donde es posible reconocerse y reencontrarse. La voz del padre funciona como un llamado que induce a la mujer a tocar en su rostro aquello que la memoria de su

oído escucha y a actualizar con sus dedos aquel soldado que un día fue volviéndolo breve monumento de una heroicidad cifrada en su nombre: Cristóbal.

Si bien con el regreso, los padres parecieran ganar y perder lo mismo, como si regresar fuera también una experiencia de “hermandad conyugal” que los hace envejecer juntos y del mismo modo, la economía del viaje asume aspectos particulares en cada caso. En el padre, por ejemplo, los efectos del regreso tienen una inscripción corporal; es decir, se manifiestan a través de una serie de síntomas y somatizaciones que hacen que la vuelta adquiera la forma de una enfermedad. Confrontar la patria “excede todos sus cálculos” (41) porque representa “una sucesión de golpes contra la realidad intangible” (43), un “daño” que le produce “ausencias del cuerpo, detenciones inexplicables, lagunas” (44), temblores, pesimismo, amargura, frustración. El regreso significa para él la confrontación con una verdad de la que no puede volver y que se instala en su cuerpo y en su mente alterando su estabilidad y funcionamiento:

Cuatro años después, exactamente el día en que él volvió a comprar un pasaje para visitar España una vez más —lo que según dijo sería su último saludo— sufrió un ataque, un accidente cerebral que no fue tan imprevisto como sugiere el nombre de la patología, sino casi programado. En mi padre el mal cerebral era una actitud, un estado de ánimo, con él iba convenciéndose de su propia muerte, preparándola como un suicida (43).

Para el padre regresar es un modo de comenzar a morir, como si la constatación de su imposibilidad y a la vez la necesidad de reintentarlo “una vez más” fueran formas complementarias de asumirse fuera de toda pertenencia, de pensarse habitante de una pertenencia única, vivida como mal que se padece y se lleva inscrito en el cuerpo.

Para la madre, en cambio, el regreso representa la cristalización de un deseo postergado durante toda la vida: el de escribir sus memorias. Volver significa para ella enfrentar la necesidad de “mejorar su escritura, su ortografía de campesina educada en el oscurantismo, hija valorada como mano de obra en el establo” (48). Regresar le

otorga la posibilidad de torcer el curso de su vida y descarrilarla de la economía que sus padres y su esposo habían previsto para ella; significa poner su mano al servicio de la letra y no de los oficios heredados y de la tiranía de una voluntad ajena a la suya. Poner la mano en la escritura y el oído en la palabra; hacer ejercicios de silabeo, caligrafía, acentuación, corrección del “glosario elemental”(51), buscar la mejor convivencia entre el castellano y el catalán, son los diferentes modos que la madre elige para compensar su “inferioridad” de “buena primitiva”, de “mujer elemental” y así regresar al pasado desde otro lugar. La escritura funciona aquí como dispositivo que rescata del olvido escenas y emociones antiguas que se hacen añicos durante el viaje porque no tienen cabida en la España actual donde desaparecen devoradas por la lógica del rendimiento y la velocidad.

Si para el padre regresar implica asumir la herencia del origen como malestar y enfermedad, para la madre significa renovarla a través de la letra escrita que le permite descubrir una zona oculta y darle forma a “lo que nunca se vio de la herencia” (Derrida, 1995), lo que implica también reescribir su identidad e inscribirse en su pasado desde el lugar de la letra.

Pero más allá de las adquisiciones y pérdidas que volver a España supone, el viaje al origen le señala a los padres su orfandad como la única forma de adquirir un conocimiento de las raíces como si este dependiera de la imposibilidad misma de pertenecer y como si la pertenencia fuera un saber de algo perdido que existe solo en cuanto ese algo ha dejado de existir. El *oikos* entonces ya no es la morada que se abandona cuando se emprende el viaje; está en otro lugar, en la casa que se construye en el extranjero, el apartamento de la avenida el Callao, “un alto contrafrente”, “una isla de evocaciones en medio del tumulto argentino” (42), “una burbuja”, “un invernadero de lo español” donde los padres arman una patria imaginaria y privada a través una serie de objetos que, con el traslado, adquieren otro valor de uso porque en el extranjero se transforman en lugares de memoria cuya principal función es la de garantizar una ficción de origen por medio de su potencia evocadora:

Un departamento que había envejecido y se había vuelto de época con el correr de las décadas, por el efecto dignificante del

tiempo sobre el mobiliario, todo en el estilo de los Luises, que mi madre siempre adoró y la sorprendente cachivachería que ella fue atesorando con los años de prosperidad, el hogar con falsos leños de yeso, sobre la parrilla de infrarrojo, sus porcelanas de Lladró, las piezas del pesebre español, que abandonaron sus apariciones un poco mágicas de fin de año para convertirse en adornos a tiempo completo, ya no en conjunto sino dispersos por toda la casa, herejes descarrilados de una fábula religiosa, los cuadros que (mi padre) compró al tío español Camps Dalmases, quien después de la guerra abandonó el modernismo y se dedicó a pintar al estilo siglo XIX, retratando las masías de su infancia, mujeres de falda larga que cosían en la calle de empedrado, perros dormidos a las puertas de los establos, escenas naturalistas rodeadas de un gran silencio. Para ellos, esos cuadros eran la verdadera colección de imágenes, sus postales españolas (42-43).

Si por una parte es la herencia española la que posibilita la ilusión de pertenencia, a esta se le agrega el patrimonio adquirido en el extranjero que convive de forma inquietante con los soportes materiales del origen. Esta concomitancia de objetos españoles y argentinos fractura el sentido “único” de la casa abriéndolo a la dispersión y mostrando otras posibilidades del relato del origen situadas en ese piso simbólico donde la ilusión del regreso se mantiene intacta y donde el origen es una región suspendida y mutante, hecha de la tensión entre el pasado, la partida, los sueños y el dolor.

2. Herencia criminal

“Alicante, 84”, además de ser el relato de un regreso imposible, es también la historia de una confesión. Para la hija que acompaña a los padres en su periplo español, el viaje es un modo de vivir vicariamente la falla del origen, pero también es una forma de asumirse hija de esa falla, de ese saber que tiene en lo imposible su mayor fortaleza. A lo largo del viaje su tarea es confrontarse con la dimensión deficitaria de la herencia que la obliga a hacerse cargo del extravío de los padres ante la extranjería del origen: “(...) yo los llevaba del brazo como a ancianos. Era yo quien revelaba el origen y les devolvía su historia” (43); “[n]osotros,

C y yo, éramos los lazarillos de estos ciegos que no querían ver, los intérpretes que traducían el presente a una lengua muerta” (47).

Para la hija, regresar al origen significa volverse “cartógrafa de una memoria ajena”, la de los padres, que no calza en el mapa del presente y se manifiesta como desencuentro y frustración pero que a la vez es también su memoria futura, legado de un pasado que hereda como desvío, como pérdida e imposibilidad, como “lengua muerta” que es necesario traducir y de la que hay que rendir testimonio.

Para que el regreso se lleve a cabo hasta sus últimas consecuencias, la heredera tiene que trasladar el “testigo” que recibe a otro lugar, atajarlo e instalarlo en otra economía donde su capital agotado se renueve y se potencie, y en el que la imposibilidad y la pérdida funcionen como valores productivos e instancias positivas de significación.

En la última parte del relato, cuando los viajeros se encuentran en las afueras de Alicante, ocurre una escena de confesión. En un punto determinado del camino, el padre pide que se detengan, se baja del carro y se pone a caminar “como quien se orientara hacia un punto que solo él conocía” (56). La hija lo sigue hasta su detención en un “campo árido”; allí busca sostén en la mano de ella “no sé si para crear un momento de solemnidad o solo para sostenerse, para que mi hombro le sirviera de muleta” (id.). Allí el padre le confiesa haber matado a un civil que se le cruzó por el camino cuando era un joven voluntario de guerra y andaba de cacería buscando alimento para la tropa hambrienta:

No solo lo maté (...) sino le robé y lo dejé morir. (...) Tendido, cubierto de sangre el moribundo dijo que, ya que lo había muerto, por favor llevara esa carta y la medalla a su madre. En Madrid. (El hombre se dirigía a pie a la estafeta y tal vez fuera una suerte que hubiese encontrado aquel correo solícito). (...) Y aunque yo podría haberlo salvado, dejarlo en algún hospital en Alicante, donde lo curaran, después de matarlo, lo dejé morir, tendido allí bajo las matas. Yo le cerraba los ojos delicadamente para dar por concluido el asunto pero él volvía a abrirlos, se aferraba a mí. Un labrador vivía sus últimos minutos y yo me preguntaba en qué debía estar pensando el moribundo, en

qué, en el rostro de su madre, en la cercanía de la primavera, en los animales que quedarían a su merced en la cuadra. Pero pensé que luego la cuadra no debía estar muy lejos de allí y que allí nos esperaba alguna oveja, algún animal que nos daría su leche... Estos fueron mis pensamientos mientras el labrador se despedía. Envié la carta por correo. Y la medalla. Se la robé al muerto, algún día será tuya (57-58).

De esta confesión del padre llaman la atención varios aspectos. Por una parte, se trata de la confesión de una complicidad de delitos y faltas: el de haber matado a un campesino por equivocación y no haber hecho ningún esfuerzo por salvarle la vida ni por sepultar su cuerpo; el de haber incumplido a la palabra dada y haberle robado al moribundo la medalla destinada a su madre; el de usar la ley del hambre como un modo de justificar/enmendar un delito. Por otra, es la confesión de una verdad que coloca al padre fuera de la ley y lo señala como culpable ante el testigo de su secreto, la hija, que recibe este legado criminal para hacerse cargo de la culpa allí inscrita y trasladarlo a otra trama, a otra sintaxis donde la confesión adquiera una valencia semántica distinta.

El secreto confesado en el lugar del delito funciona como acto de sepultura de un cuerpo muerto con el que el padre ha cargado toda la vida. La confesión será para el padre una forma de liberarse de la culpa, aunque el precio sea comprometer su imagen ante la hija al darle acceso al secreto que lo convierte en criminal.

¿Qué significa para la narradora heredar un crimen y un robo? ¿Qué uso darle al legado de un delito? Responder a estas preguntas supone, como decía al principio de este ensayo, pensar en la literatura como un lugar donde las herencias circulan, se negocian, producen otros patrimonios.

“Alicante, 84”, además de ser un relato sobre la imposibilidad del regreso, puede leerse también como un homenaje al padre muerto; como un texto escrito en su nombre y en su memoria, lo que supone escribir en el vacío que deja su ausencia para “darle continuidad y sucesión al desaparecido que pide su rescate conmemorativo” (Castillo Zapata, 2010:17).

Lo que en él se despliega es una escritura del duelo y de la deuda con la que la heredera “rescata” al padre de la muerte, haciendo uso del legado criminal que, en su devenir literario, adquiere la valencia de “don”⁴. La palabra confesada, la palabra que entrega una verdad secreta, se convierte en el futuro en la narración que leemos, “*como si* la condición narrativa fuera la causa de la cosa contada: *como si* el relato produjera el acontecimiento que se supone aquel relata. Solo a condición del relato tendría lugar el acontecimiento contado” (Derrida, 1995:121).

El traslado del testigo de la escena del crimen a la escena literaria hace de la medalla robada un capital verdadero al mostrar que este también está hecho de robos, crímenes y saqueos que producen valores impredecibles y de que toda herencia hace cuentas con depósitos/reservas ilegales. En este sentido, la literatura también puede pensarse como lenguaje robado en el que se acumulan y dispersan patrimonios de las más disparatadas y heterogéneas proveniencias.

La medalla robada tiene ahora un valor incalculable porque no es posible prever la riqueza que se podría acumular o dispersar a causa de su manipulación, ni tampoco conocer los límites de su agotamiento. Su condición ahora, en el presente del relato, es la de circular como palabra heredada con la que la hija intenta saldar la deuda por el legado recibido, no para repetirlo —lo que supondría su apropiación— sino más bien para desplegar aquello que de él resulta indescifrable.

Recibido: enero 2011.

Aceptado: abril 2011.

Notas

- ¹ Rafael Castillo Zapata en su libro *La espiral incesante. Lezama y sus herederos* (2010) se refiere a las literaturas como “cuerpos orgánicos de remisiones y transmisiones, como estructuras de continuidad y de ruptura, de repetición y de diferencia” (11).
- ² La idea del legado como un testigo que se transfiere de una mano a otra, remite a la carrera de relevos, una de las especialidades del atletismo,

que consiste en una prueba realizada por un equipo de cuatro participantes en la que cada uno recorre una distancia determinada y le pasa, en el momento de culminar su trayecto, un tubo llamado “testigo” o “estafeta” al competidor sucesivo hasta culminar el recorrido. Hay que destacar que en el momento del traspaso del testigo, el atleta que lo recibe tiene la mano hacia atrás y el resto del cuerpo hacia adelante, es decir, su atención está dividida entre recibir el objeto que viene de atrás y trasladarlo hacia adelante para llevarlo hasta la meta siguiente. Lo que garantiza la efectividad del “traslado” es la precisión y velocidad con la que los corredores se pasan la estafeta, y si bien pareciera que todos repiten el mismo gesto con la misma mecánica corporal, ninguno recibe ni otorga el testigo del mismo modo y hasta es posible que ocurra su caída y pérdida. Propongo esta imagen del paso del testigo para pensar algunas escenas que suceden en el relato de Sánchez.

- 3 Según Pierre Nora (2008), los lugares de memoria no son únicamente espacios físicos sino también momentos puntuales de especial relevancia para la comunidad pues condensan un momento determinado. Estos “lugares de la memoria” presentan tres dimensiones relacionadas simultáneamente: una dimensión material, porque ocupan un lugar físico en un contexto social; una dimensión simbólica, porque representan experiencias vividas en el pasado; y una dimensión funcional, porque permiten preservar y transmitir nuestras memorias en el tiempo. En este sentido, serían lugares de memoria los monumentos, los museos, los archivos, los nombres de las calles, las fechas conmemorativas, los minutos de silencio. Aquí quiero incorporar a estos soportes materiales otros como la voz o el rostro que también cumplen una función de conservación y evocación de las huellas del pasado.
- 4 Jacques Derrida, en el capítulo “La moneda falsa (II): Don y contra-don, la excusa y el perdón (Baudelaire y la historia de la dedicatoria)”, de su libro *Dar (el) tiempo. I. La moneda falsa* (1995), realiza un largo análisis sobre la cuestión del don, la confesión, el valor en el relato de Baudelaire *La moneda falsa*: “Es preciso”, observa, “que haya acontecimiento —por consiguiente, la llamada de relato y acontecimiento de relato— para que haya don y es preciso que haya don o *fenómeno de don* para que haya relato e historia. Y dicho acontecimiento, acontecimiento de condición y condición de acontecimiento, debe seguir siendo, en cierto modo, impredecible. (...) El acontecimiento y el don, el acontecimiento como don, el don como acontecimiento, deben ser irrumpivos (...). Al ser decisivos, deben desgarrar la trama, irrumpir la continuidad de un

relato que, no obstante, (...) debe perturbar el orden de las causalidades: en un instante. (...) En la semántica de la palabra *don* parece estar implicado que la instancia donadora tiene libremente la intención de dar, que está animada por un querer-dar y, sobre todo, con un querer-decir, la intención de dar al don su sentido de don. (...) No hay don sin intención de dar. (...) Sin embargo, todo lo que procede del sentido intencional amenaza también el don como (res)guardarse, con quedar (res)guardado en su propio gasto. De ahí, la enigmática dificultad que se aloja en esta acontecibilidad donadora. Es preciso que en ella haya azar, encuentro, algo involuntario, incluso inconciencia o desorden, y es preciso que en ella haya libertad intencional y que ambas condiciones concuerden —milagrosa, graciosamente— entre sí” (1995:122-123).

Referencias

- Boym, Svetlana (2001). *The Future of nostalgia*. New York: Basic Book.
- Castillo Zapata, Rafael (2010). *La espiral incesante. Lezama y sus herederos*. Caracas: Fundación Celarg, Colección Alborada.
- Derrida, Jacques (1995). *Dar (el) tiempo. I. La moneda falsa*. Barcelona: Paidós.
- Molloy, Sylvia (2006). *Poéticas de la distancia. Adentro y afuera de la literatura argentina*. Buenos Aires: Norma.
- Nora, Pierre (2008). *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- Piglia, Ricardo (2000). *Crítica y ficción*. Argentina: Seix Barral.
- Sánchez, Matilde (1999). *La canción de las ciudades*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Saraceni, Gina (2008). *Escribir hacia atrás. Herencia, lengua, memoria*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Van Den Abbeele, Georges (1992). *Travel as Metaphor, from Montaigne to Rousseau*. Minneapolis: University of Minnesota Press.